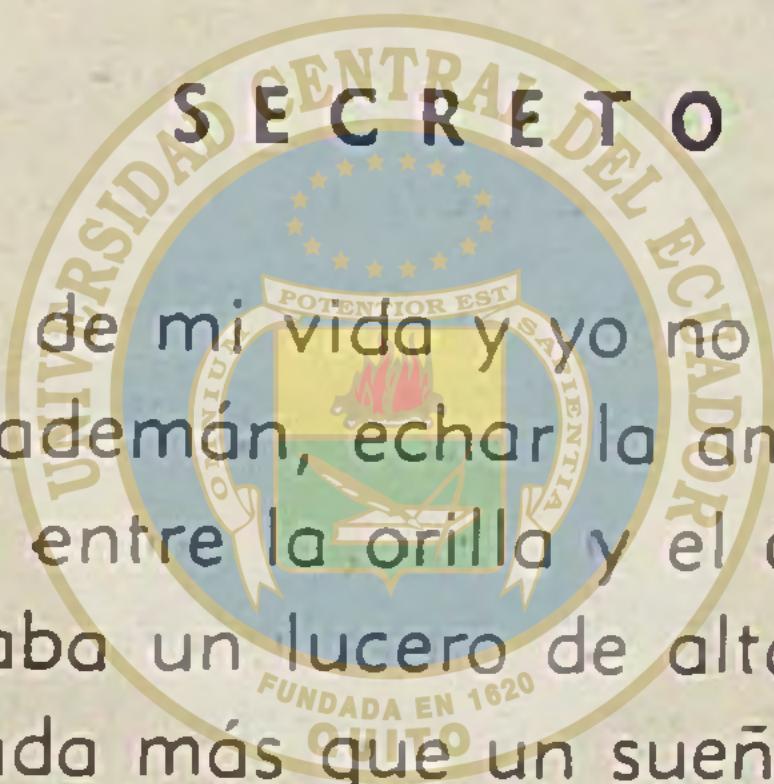


X DORA ISELLA RUSSEL

X ELEGIA DE JUNIO



Se me fue de mi vida y yo no pude
hacer un ademán, echar la amarra.
Yo estaba entre la orilla y el deseo,
me quemaba un lucero de alta noche
y quise nada más que un sueño ajeno.

La diáfana virtud de la mañana
iba detrás de la oficiante ambigua.
Me coronaba un halo de silencio,
me nacían palomas gesto a gesto
y una rosa sangraba entre mi mano
—¡Perdida adolescencia, rosa en llamas,
paloma de otro olvido, otro silencio!—

Vinieron brumas, cerrazón, ventisca.
Me desgajaron la inocencia clara,
y alguna fe en jirones recompuso
vendas furtivas, sonreír prestado,
y un rinconcito sin ningún testigo
para el diario ejercicio del fracaso.

Fui a buscar la respuesta en otro lado,
hice equilibrios sobre el mar, huyendo
la tentación siniestra del abrazo,
mas la pequeña esfinge quedó muda,
y yo, desposeída, volví rica
con mi secreto de cansancio y nunca.

EL SALDO

Vuelvo a buscar el calendario inútil
 y la difícil cifra del recuerdo
 abre en el tiempo grietas donde anidan
 alimañas de encono, acaso el miedo
 de ser alguna vez de nuevo **aquella**,
 la misma de inocencia y desacierto.

¿Qué queda en pie, después de la tormenta?
 El cielo tiene un rostro olvidadizo,
 predica el aire azules evangelios,
 tiene rumores de perdón el viento
 y el mar rezonga suaves padrenuestros.
 Pero ni cielo ni perdón ni rezos
 pueden reconstruir la geometría
 de la otra juventud sin desaliento.

Un racimo de besos degollado,
 una sonrisa a media muerte, todo
 en ese limo gris de los naufragios
 donde encallan los sueños andariegos
 fatigando la luz de la mañana.

Estoy viajando por el mes de junio:
 treinta días de azar en el recuento
 de un camino inexperto que ha dejado
 bajo pretexto de melancolía
 una cruz de ceniza sobre el sueño
 y un harapo de nieblas en la herida.

DEL AMOR FIEL

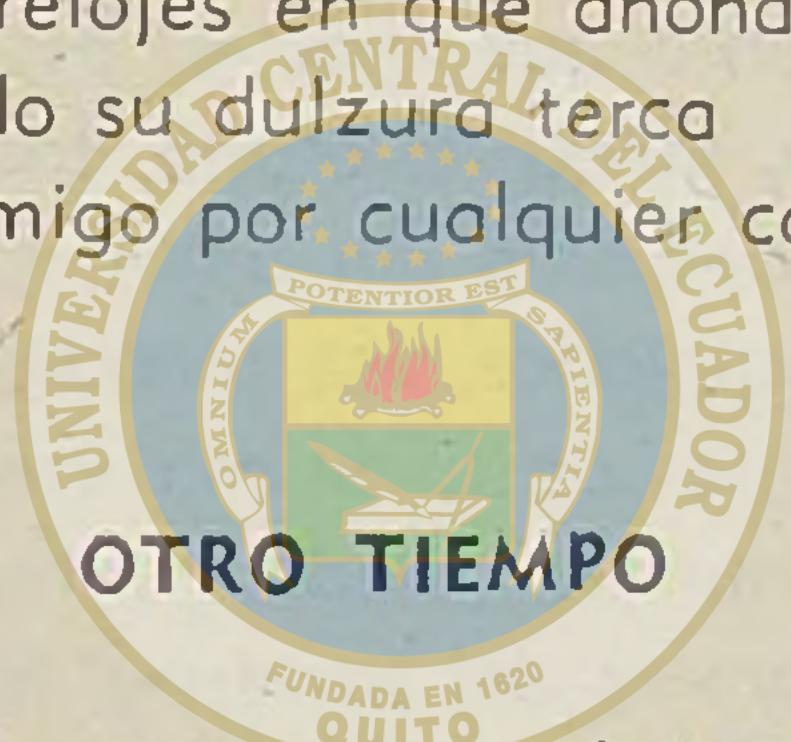
Para encontrar la noche originaria
 una muchacha sin amor regresa
 hasta la amarga roca donde erige
 el olvido sus símbolos de arena.
 Tiempo en el tiempo, donde la insalvable
 cifra del aire con pasión golpea.

En la raíz del vértigo suspensa,
 doy el precio total por el reencuentro

de un incendio de bosques en otoño,
de un brazado de sueños sobre el pecho,
de una lucerna intensa y fugitiva
—apenas la memoria del deseo—.

Tan sola como ahora estuve siempre.
Jugué mi corazón en el revuelo
de un tiovivo de sombras sin relieve,
mientras amor y beso y luz y miedo
iban en la girándula y me daban
una ilusión de círculos eternos.

Hora de todas las renuncias, hora
de juventud y de precoz hastío,
demorados relojes en que ahonda
este recuerdo su dulzura terca
que va conmigo por cualquier camino.



Era distinto con tu amor el tiempo,
tiempo de amor donde el amor se salva.
Todo tenía un resplandor tan nuevo
que la nostalgia misma era liviana,
y tan frágil al fin era lo eterno
como el delgado suspirar del agua.

Vuelve siempre la tarde aventurera,
tiene este gris y esta llovizna y una
máscara de tristura y de sorpresa,
reposa intactas sienes de neblina
sobre un hombro de ayer que la recuerda,
tarde abierta en olvidos y memorias
erguida en el vaivén de las mareas.

No soy la misma ni soy otra. Orfeo
me convocó a sus fiestas subterráneas
y traje de la cita con el miedo
una ofrenda de ascuas insumisas
y la inmortalidad del desengaño.

FIN DE OTOÑO

Tú eres así, como este mes de junio.
 Tú eres, como junio, fin de otoño.
 Te reconstruyo en mi vagabundeo,
 te imagino distante, tornadizo,
 con este aire que promete: luego,
 y es un luego que quiere decir: nunca.

Si fue mi adolescencia desacierto,
 en el reloj de ahora sólo suenan
 campanas solitarias, torbellinos
 que emergen fieramente del recuento
 de una dicha tan breve que no ha sido
 sino el aliento que trizó el espejo.
 Otoño y tú, lluvia de otoño, todo
 lo que el fantasma del amor no tuvo...
 Arboles despojados, los mendigos
 de los follajes de la primavera.
 Nubes de horaña soledad, intrusas
 en los umbrales del invierno. Y tú,
 también árbol desnudo, nube sola,
 también con humaredas en el pecho
 y un adiós sin regreso hacia lo lejos.

Yo pude darte un resplandor eterno.

DON

Amor, mi suave desnudez ilesa
 te da su resplandor de porcelana,
 su tersura nupcial de terciopelo,
 el relámpago azul, mi voz de agua,
 mi cautelosa cifra, y el anuncio
 de un nombre que me dora la esperanza.

En el umbral ardiente del milagro
 a paso leve la mañana avanza.
 ¿Dónde quedó mi juventud arisca,
 con qué intacto ademán pudiera ahora
 deslumbrarte la tarde adusta y larga,
 para tornarte a la sonrisa buena
 de alguna hora primicial y clara?

Tiempo de esta nostalgia atardecida,
encrucijada de mis días, cuando
el arcángel de sombra ciñó el lazo
inesperado y hondo del hallazgo...
Hacia tu grave orilla vuelvo el rostro,
hacia tus sienes sin cesar levanto
un laurel de ternura y de quimera
y voy, amor, viviendo sin presente,
bajo este mismo cielo, amor, que nos separa.

